

---

## Deseo\*

Sallie Tisdale

**E**l deseo sexual es involuntario, pero tiene una vida literal: cualquier deseo nace, vive, evoluciona, envejece, cambia y muere. Alguien entra o se *mete* en un estado de deseo sin previo aviso, y puede salir del mismo modo: alguien se *sale* del deseo de súbito, sorprendido, de repente frío, frustrado, desposeído. La persona que tiene el deseo no es su herramienta, pero tampoco exactamente su dueña. Cualquiera de nosotros puede hacer el intento de no actuar según sus impulsos, y solemos conseguirlo, pero el impulso sigue vivo, demandante, insistente, tedioso sin importar qué escogemos. Y algunos deseos son mucho más irresistibles que otros. Tendida en la cama de un hotel, escuchando el tenue y rítmico chirrido de la cama al otro lado de la pared, se está condenada a sentir un impulso de alguna especie.

Cuando se mira a la propia sexualidad, se llega a un punto en que una se puede abandonar a ella: al *hecho* de tu sexualidad, sea cual sea. Primero había escrito "se llega a un punto en el que una se tiene que abandonar", pero por supuesto no se *tiene que*, no hay nada inevitable en ello. Hacerlo es verdaderamente lascivo, en el sentido más puro de la palabra: la ola sube hasta que se derrumba por su propio peso y una se ahoga. El control desaparece. Una está dispuesta a que la vean del todo y de verdad; se ha abandonado todo.

La amplia llanura del deseo sexual surge espontánea, por su propia e incontrolada decisión aparte, y sorprende, desconcierta y a veces gusta a la persona en la que surge. Roland Barthes se sorprendió a sí mismo escrutando el cuerpo de su amante, y fascinado con su propio escrutinio, trató de conocer "*la causa de mi deseo ... soy como esos niños que desarman las piezas de un reloj para encontrar*

---

\* Tomado de *Talk Dirty to Me*, Doubleday, Nueva York, 1994.

qué es el tiempo". Pero esa obsesión se da sólo parcialmente sobre el cuerpo del otro. Se da más, y de un modo más importante, sobre el *otro*, la opacidad enloquecedora y fascinante del otro al que no se puede olvidar ni siquiera un momento.

El estado que el deseo despertó duele y gusta a la vez, y el grado de dolorosa frustración asciende exactamente de acuerdo con el grado de intensificación del placer. Cuando se nos excita, el ego lidia con el superego y lo derrumba, y mientras ambos están luchando, el mudo e insensato ello dirige el espectáculo. Hormonas, genética, feromonas, qué más da. Sólo quiero *eso*, o esto. Lo quiero tanto que apenas puedo pensar en otra cosa, lo quiero aquí, ahora, de todas las maneras que puedo.

El apetito de otro nos puede destruir. El hambre nos transforma en comida, en una cosa, algo a ser devorado, aunque el hambre sea de amor. Demasiado deseo hace imposible la realización del deseo porque el deseo se convierte en la meta y la conclusión.

Hace años tuve un amante que parecía insaciable. No era sexo de lo que no podía obtener suficiente, sino cercanía, y el sexo era la única manera en que él creía que ésta podía darse. Me besaba como si estuviera dispuesto a masticar mi piel para llegar a través de ella dentro de mí, poseerme, para no estar solo. Cuando lo abandoné me sentí tragada y odié esta sensación. En aquella época, yo estaba atrapada en ideales románticos y pensaba que debía querer que me adoraran. Pero cuando se acercaba a mí con esa tenacidad, me quedaba sin respiración. Con él, yo quería menos deseo, mucho menos, no más.

*Traducción:* Isabel Vericat